



FUNDAMENTOS DE ECONOMÍA

ESCUELA MARXISTA Y KEYNESIANA

ESCUELA MARXISTA Y KEYNESIANA



A finales del siglo XIX, Karl Marx formuló una crítica a la economía clásica que transformó el pensamiento económico y político de su época. Su teoría se centró en analizar las contradicciones del capitalismo y los conflictos de clase derivados de la concentración del capital en manos de unos pocos. Marx argumentó que el sistema capitalista, lejos de ser un mecanismo de equilibrio natural como proponían los economistas clásicos, estaba diseñado para beneficiar a la burguesía, es decir, a los dueños de los medios de producción, mientras que el proletariado, compuesto por los trabajadores, sufría explotación y alienación económica. Según su análisis, el capitalismo genera desigualdad de manera estructural, ya que la acumulación de capital se concentra en manos de una élite que controla la producción y las ganancias, mientras que los trabajadores reciben solo una fracción de la riqueza que generan (Rodríguez Sánchez, 2015).

Marx plasmó sus ideas en su obra más influyente, *El Capital* (1867), donde explicó el concepto de plusvalía, que sostiene que los empresarios obtienen beneficios pagando a los trabajadores un salario inferior al valor que estos generan con su trabajo. Esta diferencia, conocida como plusvalía, es apropiada por los dueños de los medios de producción y es el principal motor de la acumulación de capital. Marx también predijo que la competencia entre capitalistas llevaría a crisis económicas recurrentes, puesto que la búsqueda de mayores beneficios impulsaría la sobreproducción de bienes, provocando colapsos en el sistema y el desempleo masivo (Rodríguez Sánchez, 2015).

Además, la escuela marxista sostiene que el capitalismo es un sistema inestable y destinado a colapsar debido a sus propias contradicciones. La creciente brecha entre ricos y pobres generaría tensiones sociales que, eventualmente, desembocarían en una revolución proletaria. En su visión, la única solución para superar estas crisis sería la abolición de la propiedad privada de los medios de producción y la instauración de un sistema socialista basado en la planificación económica y la distribución equitativa de los recursos. Aunque las predicciones de Marx no se cumplieron en los términos que él planteó, su análisis influyó en la aparición de regímenes socialistas y comunistas en el siglo XX, así como en el desarrollo de políticas laborales y de bienestar social en economías de mercado.



En contraste con la visión de Marx, en el siglo XX, el economista británico John Maynard Keynes, propuso una teoría diferente sobre el funcionamiento del capitalismo y el papel del Estado en la economía. Keynes desarrolló sus ideas en respuesta a la Gran Depresión de 1929, una crisis económica sin precedentes que llevó al colapso de los mercados financieros y al desempleo masivo en todo el mundo. Mientras que la teoría clásica sostenía que los

mercados tienden al equilibrio por sí mismos y que cualquier exceso de oferta o demanda se ajusta automáticamente, Keynes demostró que, en ciertas circunstancias, los mercados pueden quedar atrapados en ciclos de recesión y desempleo prolongado sin que exista un mecanismo automático de recuperación.



En su obra *Teoría general del empleo, el interés y el dinero* (1936), Keynes argumentó que la demanda agregada, es decir, el gasto total de los consumidores, empresas y el gobierno, es el principal motor de la actividad económica. Según su teoría, cuando la demanda agregada es baja, las empresas reducen su producción y despiden trabajadores, lo que genera una espiral de recesión y estancamiento. Para evitar estos escenarios, Keynes propuso que el Estado intervenga activamente en la economía mediante políticas fiscales y monetarias que estimulen la inversión y el consumo (Rodríguez Sánchez, 2015).

Una de las principales herramientas keynesianas es el gasto público. Keynes sostenía que, en tiempos de crisis, los gobiernos deberían aumentar el gasto en infraestructura, educación y programas sociales para generar empleo y reactivar la economía. Al poner dinero en circulación y aumentar la demanda de bienes y servicios, el sector privado se beneficiaría y eventualmente la economía volvería a crecer. De manera complementaria, recomendó reducir los impuestos para estimular el consumo y facilitar el acceso al crédito mediante políticas monetarias expansivas, como la reducción de las tasas de interés.

El keynesianismo tuvo un impacto profundo en la política económica del siglo XX y sirvió de base para la creación del Estado de bienestar en muchas naciones occidentales. Después de la Segunda Guerra Mundial, muchos países implementaron políticas económicas inspiradas en Keynes para garantizar empleo, estabilidad económica y protección social. Sin embargo, en la década de 1970, la aparición de la estanflación (una combinación de inflación y desempleo) desafió la efectividad de las políticas keynesianas, lo que llevó al resurgimiento del pensamiento económico neoliberal y monetarista, que promovía una menor intervención del Estado y el control estricto de la inflación (Rodríguez Sánchez, 2015).

A pesar de sus diferencias, tanto el marxismo como el keynesianismo, han influido de manera significativa en la evolución del pensamiento económico. Mientras que el marxismo ofrece una crítica estructural al capitalismo y plantea alternativas basadas en la abolición de la propiedad privada y la planificación centralizada, el keynesianismo busca corregir las fallas del mercado mediante la intervención estatal sin eliminar el sistema capitalista. Ambas corrientes han sido objeto de debate y reinterpretación a lo largo del tiempo, y sus ideas siguen siendo relevantes en la formulación de políticas económicas y en la comprensión de las dinámicas del crecimiento, la distribución de la riqueza y la estabilidad macroeconómica.

En la actualidad, muchas economías han adoptado modelos híbridos que combinan elementos del mercado libre con mecanismos de regulación estatal. La crisis financiera de 2008, por ejemplo, llevó a una revalorización de las ideas keynesianas, con gobiernos aplicando estímulos económicos masivos para evitar una recesión prolongada. Al mismo tiempo, el debate sobre la desigualdad económica y el impacto del capitalismo en el medio ambiente ha reavivado el interés por las teorías marxistas en algunos sectores académicos y políticos.

En conclusión, la escuela marxista y la escuela keynesiana representan dos visiones opuestas sobre el capitalismo y el papel del Estado en la economía. Mientras que Marx veía el sistema capitalista como intrínsecamente injusto y destinado al colapso,

Keynes proponía una solución reformista basada en la intervención gubernamental para corregir sus fallos. A lo largo de la historia, ambas corrientes han influido en la formulación de políticas económicas, y sus ideas continúan siendo fundamentales para entender los desafíos económicos contemporáneos.